

LA DICTADURA DE LOS DESEOS

NUEVO MURAL DE
= LA EPOPEYA DEL
PUEBLO MEXICANO =

CARLOS PAREDES SERRANO



Carlos Gerardo Paredes Serrano
Instagram: @paredes.serrano
©Editorial Teatro Perpetuo S.A. de C.V.
Puebla #352 int. 3
Col. Roma Norte CP: 06700
Alcaldía Cuauhtémoc, CDMX
Año de edición: 2024
ISBN: 978-607-9197-01-8
Edición: Rodrigo Johnson
Concepto editorial: Arturo Ordorika
Portada: Dani Jiménez @holailustradora
Maquetación, ilustraciones y diseño editorial: Dani Jiménez.

Queda prohibida la reproducción total o parcial del material protegido por estos derechos de propiedad intelectual, o su uso en cualquier forma, o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación, transmisión o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de Teatro Perpetuo S.A. de C.V.

Editorial Teatro Perpetua S.A. de C.V. no se hace responsable del contenido de este libro, ni de las consecuencias de cualquier acción realizada con base en la ficción proporcionada, aunque se confirme o no la información.

A Emiliano y Santiago

“Calígula: No lo sé. Pero soy consciente, y eso es lo más terrible, de que ese cariño vergonzante es el único sentimiento puro que me ha dado la vida hasta ahora.”

Albert Camus, *Calígula*

“¿Ignoran acaso la infinidad de recursos que el destino pone en juego para lograr sus fines?”

Enrique Serna, *El seductor de la Patria*

“El tiempo no rehace lo que perdemos; la eternidad lo guarda para la gloria y también para el fuego”

Jorge Luis Borges, *Los teólogos*

“Cuidado con la culebra que te muerde los pies”

Rubén Fuentes, *La culebra*

Advertencia

Desocupados queridos, este relato en el que se proyectan los nombres de figuras públicas e históricas reales o inspirados en unos personajes inventados y en situaciones también inventadas, es pura ficción. Pido encarecidamente que por favor no tomen en serio ninguna de estas palabras, mismas que yo escuché de un vagabundo.

Así que les ruego que por favor me crean, que aunque lo parezcan, los nombres de esta historia no son vulgares antifaces, sino que replico los mismos que dicho vago utilizó para contar su historia, que a pesar de que nos hace dudar, sólo uno que otro detalle parte de la realidad.

En esta historia en la que se utilizan los nombres de empresas, instituciones, medios de comunicación, de personajes públicos, políticos o sus familiares sólo se quiere denotar proyecciones e imágenes y en ningún momento pretende dar información verídica de personajes existentes en carne ni en hueso, ni viva ni muerta, ni nada que se le parezca.

Prefacio

En efecto; el hombre que apunta a mi cabeza con una mágnun color plata, no es otro más que Carlitos Marinas Versolari, expresidente de México.

Mi cabeza, como pueden ver, se encuentra bajo esta capucha de tela negra, empapada por mis lágrimas que escurren al lado de mi saliva. ¿Por qué estoy aquí?, yo mismo lo quisiera saber; pero lo que puedo asegurar es que mi participación dentro de la historia comenzó hace muy poco, cuando conocí a Martín Arenas, vagabundo de belleza de bronce con el que me entrevisté por primera vez hace tres meses como parte de mi trabajo.

Soy el titular de la columna *Vidas Callejeras*, publicación quincenal en un diario de circulación nacional dedicada a contar las historias de los sin hogar de la Ciudad de México. Sección que nació por idea de la editora del periódico, en el momento que supo sobre mi afición de *subir* fotografías de personas en situación de calle a través de mi cuenta de *Instagram*. Pasatiempo que adopté desde la primera vez que tomé una imagen de los que creo son las víctimas más visibles del sistema.

Tropecé con uno al tiempo que cruzaba la puerta de salida tras mi primer despido laboral; pensé con miedo, una edecán que me daba la bienvenida al mundo de los desempleados. Sensación que me hizo estremecer de vulnerabilidad y sentimiento por el que me empeñé a capturar las imágenes de los héroes de la derrota, reclamos vivos de lo que creemos libre albedrío.

De haberme dejado convencer por quienes me pedían dejar de lado la historia de Martín, en definitiva

no estaría aquí; pero ¿han escuchado hablar del *delirium tremens*? Yo, al menos durante el último año, debido a mi columna, traté con dos personas, que sin ser médico, diagnosticué con este mal y todo este tiempo justifiqué mi iniciativa considerando que Martín era el tercero; pues además de lo descabellado de su historia, debo argumentar, que el vagabundo a cada una de nuestras entrevistas asistió acompañado de una botella de un destilado color oro de baja calidad, de nombre Tonayán y como sabemos, el alcohol es el factor común en la debacle hacia este inframundo plagado de alucinaciones, qué para quién las sufre, son vivencias reales. Diagnóstico por el que continué en mi iniciativa, pues su historia sólo me pareció eso: un acto surreal del carro de comedias.

Antes de que el expresidente Marinas jale del gatillo, el tiempo permanece congelado. Sigo hincado con el paño negro sobre mi cabeza, esperando que se cumpla mi sentencia, misma que fue dictada a la par del periódico de esta mañana, en el que di cuenta de la historia de amor de Martín Arenas, pintor homosexual, que afirma ser el verdadero asesino de Luis Donaldo Colosio, el excandidato presidencial.

PARTE 1

CARLITOS MARINAS VERSOLARI



“México es un país extraordinario, fácil de dominar porque basta con controlar un solo hombre: el presidente. Tenemos que abandonar la idea de poner en la presidencia a un ciudadano americano ya que esto llevaría otra vez a la guerra. La solución necesita más tiempo: debemos abrir a los jóvenes mexicanos ambiciosos las puertas de nuestras universidades y hacer el esfuerzo de educarlos en el modo de vida americano, en nuestros valores y el respeto al liderazgo de Estados Unidos. Con el tiempo esos jóvenes llegarán a ocupar cargos importantes, finalmente se adueñarán de la presidencia; entonces, sin necesidad de que Estados Unidos gaste un centavo o dispare un tiro, harán lo que queramos. Y lo harán mejor y más radicalmente que nosotros.”

Robert Lansing, secretario de estado norteamericano en la administración de Woodrow Wilson 1915-1920

I

Como sabemos, Carlitos Marinas Versolari fue el segundo hijo de un matrimonio que desde que se conformó, tuvo la ambición de que uno de sus hijos llegara a ser presidente; por lo que desde el principio se esforzaron en dar a su descendencia, cinco vástagos, priorizando a los primeros dos, una educación de auténticos príncipes mexicanos.

La madre, Margarita Versolari, mujer nacionalista de hueso colorado y con grandes ambiciones de cambiar al país, al ver crecer a sus hijos, supo que el poder de trascendencia con la nación, ya no se focalizaba en ella, sino en formar al que se convertiría en el mejor gobernante de la historia; consciente de los verdaderos problemas, costumbres, cosmogonías, tradiciones y formas de vida en cada región de la república. Centró toda su energía, dejando de lado su exitosa carrera como economista, en numerosas lecciones de arte, de historia y múltiples viajes en carretera, que no concluyeron hasta que los dos hijos mayores conocieron hasta el último rincón del país.

A la par, también fueron testigos del trabajo de algunos de los artistas plásticos mexicanos más destacados, visitando los estudios de maestros artesanos, hasta los de destacados artistas como Chávez Morado en Guanajuato, Tamayo en Nueva York y el propio Francisco Toledo en Oaxaca. Gracias a sus parientes maternos, los niños Marinas dominaron las suertes de la charrería, como el paso de la muerte, las manganas,

florituras, e incluso el propio Antonio Aguilar, les enseñó a bailar caballos y el arte del rejoneo. Los cinco, a su debido tiempo, recibieron instrucción para tocar el piano, donde fue Carlitos, a pesar de sus pequeñas manos, quien más destacó, siendo concertista durante su adolescencia.

Fue ésta razón, el diminuto tamaño de sus extremidades, un demonio que siempre le atrajo burlas al segundo de los hijos de los Marinas, mismas que sin pensar respondía a golpes y peleas en las que siempre se sumaba Raulito, que no soportaba que se rieran y menos que lastimaran a su hermano menor; por la que ambos fueron entrenados en Artes Marciales por el Huracán Ramírez, luchador profesional, quien los enseñó a defenderse. Única actividad en la que el primogénito de fuertes brazos brilló más que Carlitos.

El padre, don Raulito Marinas Lozano, a diferencia de la madre, se calificaba a sí mismo como un hombre progresista y cada que podía acompañar a su familia en sus travesías se esforzaba en que sus hijos conocieran los centros productivos del país, utilizando su credencial del Partido Único, del que formó parte desde 1946, como llave maestra. Gracias a él, aprendieron a esquilar ovejas, ordeñar vacas y a gozar en los mataderos de ganado. Los obligó a compartir alimentos con los presidentes municipales y gobernadores de las entidades visitadas. De acuerdo a las propias palabras de Carlitos, fue en dichas convivencias en las que se enamoró de la política, las mismas donde aprendió el sentido de las dictaduras y la justificación de las leyes no escritas del sistema mexicano, dijo a Martín Arenas ya como presidente: “las más divertidas”.

Don Raulito contó a sus cachorros que provenían de una estirpe de origen criptojudío; que de acuerdo a su historia, los Marinas, junto a otras doce familias supuestamente conversas, encabezadas por la de Diego de Montemayor, fundaron la ciudad de Nuestra Señora de Monterrey en 1581, cuando huían de la fiera cacería de la Santa Inquisición contra los descendientes de Abraham, que había comenzado una década antes en el centro de lo que ya era conocido como Nueva España.

Luego, ya en el siglo siguiente esta persecución llegó a Monterrey, por lo que los Marinas tuvieron que huir de nuevo, fundando al poco el poblado de Nuestra Señora de la Concepción de Gualeguas; nombre utilizado para ocultar su verdadera fe y hacer un pequeño tributo a los indios de la región, lugar hoy conocido como “Agualeguas de Marinas”. Al poco tuvieron una ranchería con la que la familia comenzó a amasar una gran fortuna, que creció de manera descomunal gracias a la política anticlerical de Juárez y misma que perdieron durante el periodo de Revolución.

De acuerdo a la anécdota familiar, al tío abuelo de don Raulito lo quemaron vivo en años revolucionarios. Narró a sus hijos, que cuando vino *La Bola*, fueron sus propios rurales los que aprovecharon la confusión para amarrarlo y prenderle fuego a mitad de su latifundio. Debido a esto, el padre de los niños Marinas Versolari cuando apenas tenía ocho años, junto con sus consanguíneos, tuvieron que permanecer escondidos durante tres días en casa de unos vecinos, hasta que pudieron escapar camuflados dentro de una carroza de papas rumbo a Linares. Lugar donde los recibió el abuelo

de don Raulito, quien tras escuchar la trágica historia de su hermano, no tardó en ofrecerles la oportunidad de irse a vivir a San Antonio, Texas.

No fue fácil adaptarse a la vida en los Estados Unidos, pero al año, todos en la familia, con excepción del padre de don Raulito, hablaban inglés. Les contó en más de una decena de veces a sus hijos, en una de sus historias favoritas, que lo único que aprendió a decir el abuelo en inglés lo hizo mal, pues no se cansó de agradecer en pleonasma, diciendo *Thank you to you*, a pesar de los infinitos intentos por corregir el penoso error.

Don Raulito, que durante ese tiempo se dedicó a vender periódicos, les repitió más de un centenar de veces a sus hijos que, a pesar de su corta edad, tuvo consciencia de que estaba en un país muy diferente al suyo y determinó que la pobreza en los Estados Unidos era una decisión y que en México parecía una condición natural, como un destino sin escapatoria. Tras tres años de altibajos en el extranjero, la familia recibió una llamada que los hizo regresar de nuevo a México, sólo que a la capital, lugar donde don Raulito Marinas Lozano y sus hermanos empezaban a recuperar lo que, según ellos, la Revolución les había arrebatado.

Por otro lado, la historia de la familia por el lado materno, los Versolari, la conocieron gracias al álbum que su madre les había hecho especialmente para que no olvidaran su ascendencia. La estirpe, de acuerdo a este documento, desde finales del siglo XVIII se había asentado en Puebla y se conformaba por terratenientes y militares de éxito; de los que destacaban algunos realistas que apoyaron fielmente a Iturbide durante el proceso de

Independencia, otros santanistas, generales que años más adelante pelearon en las tropas conservadoras contra Juárez durante la Guerra de Reforma, mismos que apoyaron la Intervención Francesa y generaciones más adelante terminaron siendo porfiristas.

El abuelo Versolari, padre de Margarita, decía ella misma, había sido un hombre tibio, por lo que en sus ratos más iracundos, ésta lo comparó con Charles Bovary, por cobarde, ya que cada que recibió una oferta para ocupar algún cargo importante en el gobierno, se negó argumentando que a él no le gustaba nadar con tiburones y con intensas letanías, en las que proponía que dos de cada tres políticos eran capaces de vender a su propia madre con tal de ascender en el poder y que noventa y nueve de cada cien le ponía precio a su dignidad; cifras que él mismo inventaba, pero que nadie se atrevía a poner en duda, rechazó toda propuesta política. El abuelo materno de los Versolari terminó refugiándose en su carrera de normalista, donde tuvo la oportunidad de conocer y trabajar al lado de José Vasconcelos, no solamente en las misiones culturales, repartiendo literatura por buena parte de su estado, sino que en tiempos *cademistas*, ayudó a la cimentación de las primeras escuelas rurales y bibliotecas.

La presencia de José Vasconcelos, también llamado El Caudillo de la Cultura, influyó de manera directa en la vida de Margarita, quien había puesto freno a su ambición de tener una licenciatura en Economía, debido a la larga enfermedad de su madre y la posterior viudez de su padre. Se había amarrado con un cordón de ética; pero en 1939, cuando rozaba los treinta

años, gracias a la inspiración que le dejó el escuchar a Vasconcelos, retomó su sueño y entró por mérito propio a la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, decía ella orgullosa, el máximo triunfo de la Revolución Mexicana.

Lugar donde conoció a Raúl Marinas Lozano, siete años menor y con quien tras un mes de amistad, inició una relación polarizada para toda su vida. Declaró a los medios el padre de los Marinas Versolari, tras la muerte de su esposa, en 1992, ya cuando Carlitos era presidente: “nuestro amor empezó como una coqueta discusión entre una férrea *cademista* y un ambicioso almazanista y terminó siendo lo mismo, una eterna confrontación entre una madre que quería que su hijo tomara medidas nacionalistas y un padre que insiste en implementar un tratado de libre mercado con los Estados Unidos”.

II

Bastaron quince años de la vida del segundo de sus hijos para que los padres de los jóvenes Marinas Versolari se dieran cuenta que era por el de pequeñas manos por quién debían apostar. Se lo decían entre ellos, era Carlitos quien había nacido con estrella. Razón principal por la que lo incluyeron en los planes del año sabático de su hermano mayor, Raulito; regalo por haber concluido el bachillerato y costumbre que para los tiempos del presidente Adolfo Santos Ateos se empezó a popularizar entre los hijos de esta primera generación de políticos civiles.

El padre, además de financiarles cuatro meses de estadía en Washington, destinados para que reforzaran su inglés, se esforzó en planificar un largo itinerario coordinado con cónsules mexicanos, para que al momento de visitar las ciudades europeas más importantes, se encargaran de presentarlos ante los liderazgos del mundo como la nueva generación de la consolidada aristocracia revolucionaria mexicana. Reuniones en las que gracias a sus múltiples talentos conquistaron a toda audiencia; no hubo tertulia en la que no mostraran sus habilidades al piano, interpretando a los clásicos, o a la guitarra y al canto, donde dominaban un amplio repertorio de boleros y canciones mexicanas.

Don Raulito Marinas Lozano planeó el viaje con tanta determinación, debido a que iniciaba una etapa de ostracismo político. No sólo no había sido el designado a la candidatura presidencial, sino que el honor había sido para Gustavito Vías Mordás, su único enemigo político,

por lo que se vio obligado a buscar otra salida. Era consciente que el nalgón secretario jamás le ofrecería un cargo de primer nivel y si acaso lo invitaba a trabajar en su gobierno, lo haría a un puestucho condenado al olvido y prefería alejarse de la vida política por él mismo a pasar la vergüenza de verse relegado.

Como secretario de Gobernación, Gustavito había sido testigo de cómo Marinas Lozano aceptó un Mustang como regalo de la Ford, por lo que lo acusó con la prensa de manera directa de corrupción. Al escándalo, el padre de los jóvenes Marinas respondió que efectivamente recibió un automóvil; pero que no había sido un soborno, sino un agradecimiento de parte de la armadora norteamericana por haber encabezado la comisión que aprobó la venta del modelo en el país. Como era de esperar, no hubo consecuencias legales; sólo que con la acusación nació una enemistad entre ambos secretarios, al grado de no volverse a saludar durante el resto del sexenio. Razón por la que el viaje era el inicio del plan 'B' de su ambiciosa meta, si no era él quien lograra llegar a la presidencia, sería alguno de sus cachorros.

Tras el viaje, a su regreso a México en 1965, los hermanos Marinas se consolidaron en su mundo social como una clase de *Kennedy's* mexicanos. Eran vistos como trofeos por las madres más codiciosas, que buscaban colocar a sus hijas con los mejores partidos y estos representaban una apuesta segura: cultivados, adinerados y con un futuro prometedor en la política.

Aunque la aventura por el extranjero resultó ser contrastante para el futuro de ambos. Por un lado,

Raulito durante su estadía en Washington se enamoró de una mujer de ideas maoístas, que no sólo lo persuadió de no estudiar Economía, como era el consejo de su padre, sino una ingeniería; así como, según Carlitos utilizando la misma técnica que Lisístrata, también fue ella la que lo convenció de que usara un *pin* de la Estrella Roja para mostrar que tenían la misma ideología (costumbre que obligó repetir a sus más cercanos colaboradores y con la que se quedó hasta su encarcelamiento en 1995), decisiones que lo alejaron de la meta familiar. Por el otro lado Carlitos, sin escuchar a su madre, que quería que estudiara dentro de la Facultad de Ciencias Políticas, regresó con la certeza de apostar por el mismo camino que a su padre había dejado en la antesala de ser presidente, la Facultad de Economía.

El nivel de complicidad entre los dos hermanos mayores Marinas Versolari quedó expuesto a la opinión pública en 1988, a través de la publicación de un pasquín de diseño de inspiración estridentista que tenía como objetivo empañar la cuidada imagen de Carlitos, candidato a la presidencia, por medio de la exposición de aquel trágico incidente del 18 de diciembre de 1951, que tuvo lugar en el departamento de la familia, ubicado en la colonia Narvarte. Raúl de cinco años y Carlitos, al poco de cumplir los cuatro, se vieron involucrados directamente en el asesinato de su sirvienta. Ninguno de los dos, ni esa noche que fueron presionados por policías, ni nunca, han mencionado palabra sobre lo que sucedió aquella tarde en la que la pobre niña acabó con la cabeza destrozada por culpa de un escopetazo y donde la única consecuencia fue que su padre pasara una noche

en prisión, por haber dejado su colección de armas al alcance de los niños.

El cabrón de Martín Arenas, culpable de que esté a punto de dispararme, me señaló que este ataque informativo, lo había financiado La Kina, el líder sindical petrolero; cuyo diseño, afirmó el vagabundo, había corrido a cargo de Franz Cuesta, el pintor mexicano-nicaragüense, que como bien denunció Rafael Laurel de Muela en su momento, fue uno de los amantes del presidente Miguel de la Mandil durante su mandato y el mismo de quién sentenció Martín, había sido “el verdadero motor del magnicidio de 1994”; hecho al que nunca dejó de referirse como su único y verdadero acto de amor.

III

Carlitos Marinas Versolari supo sobre Martín Arenas gracias a la pintora de manzanas, Martha Chiapas; quien, empeñada en conquistar la simpatía de su entonces cuñado y probable candidato a la presidencia, le hizo llegar la obra de Arenas, misma que había sido reconocida con el segundo lugar dentro de un concurso para jóvenes organizado por el Estado de México, en el que había sido uno de los jurados.

Ese día, antes de arribar a su oficina, Carlitos había compartido el desayuno y dos partidas de tenis con el panzón de Emilio Balboa Padrón, secretario particular del entonces presidente, Miguel de la Mandil. Los encuentros con éste habían sido comunes; pero tenía una ligera sospecha de que esa mañana hablarían sobre su designación. Además de que era el primer día de octubre previo al año electoral, mismo mes en que se acostumbraba, desde tiempos de Ruz Cortina, a destapar al elegido; Carlitos había descubierto el paradero y ordenado a la Yakuza recuperar las fotografías de una de las tantas orgías homosexuales que acostumbraba a organizar el presidente De la Mandil. Imágenes con las que Manuel Ballet, secretario de Gobernación, había chantajeado al coqueto mandatario para ser él quien obtuviera la nominación.

Durante el encuentro, Balboa Padrón le reconoció a Carlitos la eficacia de sus recortes presupuestales para pagar la inmensa deuda que se tenía. Habló del prometedor futuro para México si quedaba al frente del país. Antes

de despedirse, el secretario particular del presidente lo invitó a ser el padrino de su hijo al que bautizarían con su nombre, Carlitos. No necesitó escuchar más para que un *boom* de júbilo recorriera su cuerpo. No había duda, los yakuza, Kenzo Minagawa, el líder de delgadas cejas y su mano derecha, Katsuro Maeda, el hábil luchador de bello cuerpo, habían rescatado las imágenes para por fin inclinar la balanza a su favor.

El presidente De la Mandil había sido contundente, si no las tenían en sus manos para noviembre, tendría que nominar a Ballet: “no quiero exponer al partido y menos nuestro paso a la historia. Un escándalo así en la sociedad mexicana significa nuestro fin, el de nuestras familias y el del propio sistema”.

Carlitos abre la puerta de su oficina, donde Raulito, su hermano de fuertes brazos, ya está esperándolo, sólo que esta vez lo hace acompañado de un enorme cuadro envuelto como regalo en un papel blanco brillante, tacto corriente y con adornos en color oro, mismo tono del moño, que lo hace parecer regalo de bautizo. Piensa Carlitos, forrado con el gusto de decoradora de la Merced. Mide dos metros de alto y uno de ancho. Sin saludar, pregunta señalando con la mirada.

—Te lo manda Martha.

—Hubiera sido mejor que me trajeras un montón de mierda, al menos sabría dónde ponerla.

—Siempre tu veneno, hermanito —contesta riendo—; pero no, no es ninguna pintura de ella; dijo que el destino lo manda para ti y yo creo lo mismo.

—No repitas sus tonterías —Carlitos se sienta detrás de su escritorio, se pregunta si su hermano o Marthita se habrían enterado por otro lado de su destape. Prefiere preguntar de manera directa. La información se pudo haber escapado. De todas maneras le iba a avisar esa mañana—, ¿ya saben que soy el bueno?

—¿Cómo?, ¿qué te dijo el cabrón de Emilio? —Carlitos mueve la cabeza de manera ligera con un gesto afirmativo—. Siempre hemos apostado por ti, no debes tener dudas. Esto es sólo una coincidencia, me lo dio hoy por la mañana, iba llegando de viaje... —Carlitos en silencio se limita a tocar el papel en el que estaba forrado y luego se ve las yemas de sus deditos.

—Lo pudo haber envuelto en *La Jornada* —se refiere al periódico donde comenzaban a proliferar cada vez más mordaces caricaturas en su contra—, me dolería menos tirarlo. Te lo digo a ti, para que me evites la pena, no pienso apoyar a Martha en nada —Raulito cruza sus fuertes brazos y permanece callado ante el comentario hostil de su hermano—. Te comen los celos, ¿verdad?

—Para que te digo que no, si sí —contesta con la misma frase característica de la Chimoltrufia, personaje creado por Roberto Gómez Bolaños.

—Bien dicen, que el que anda con lobos a aullar se enseña.

—No metas a Martha.

—Nadie mencionó ningún nombre. Pero para muestra ese ridículo *pin* con el que cargas todavía, como si realmente vivieras como maoísta, no mames.

Éste detalle era uno de los que más le causaba mayor escozor a Carlitos, ya que el estilo de vida de su

hermano de fuertes brazos estaba lejos del que proponía Mao.

—No empieces...

—Pensé que reaccionarías diferente — Carlitos va hacia su cantina para con sus pequeñas manos servir un par de tragos de whisky—. Me imaginé este momento de otra forma; con mamá de un lado para que te escondieras detrás de ella.

—¿Y qué quieres?, ¿que te aplauda? —cuestiona Raulito mientras junta sus manos en tono irónico.

—Tú mismo lo has dicho, es un sueño que te robé... —Raulito se le queda viendo con rabia, pero se limita sólo a arrebatar el trago—. Durante muchos años —continúa Carlitos—, desde que papá nos contó la anécdota de Maximino Avilés Camargo, del momento en que se enteró que su hermano, dos años menor que él, así como tú y yo, iba a ser presidente, fantaseé con que reaccionarías de la misma manera —Carlitos soporta con serenidad la colérica mirada de su hermano.

—No entiendo —responde con lágrimas de furia. Era algo de toda la vida, no soportaba como Carlitos, de alguna u otra manera encontraba la forma de hacerlo sentir inferior.

—Maximino, que en ese entonces era gobernador de Puebla, no soportó la frustración de la noticia de que Manuelito fuera el designado, por lo que cuando se enteró, de puro coraje, vació su pistola contra tres de sus hombres, matándolos sin más; pero lo importante y con lo que quiero que te quedes de la anécdota, es que... ¿no recuerdas qué pasó después con él?

—No —apuntala el de fuertes brazos.

—Nada, Maximino era el hermano del próximo presidente.

Brindan y ambos de un sólo trago apuran el whisky.

Después de despedir a su hermano con un sincero abrazo, Carlitos cierra la puerta de su oficina. Su humor es estupendo y sólo quiere resolver con calma lo que vendrá, “el maravilloso futuro”, se dice.

Había preguntas que desde que se despidió de Emilio Balboa lo habían empezado a atormentar y era momento de darles cauce: ¿a quién pondría en Gobernación?, ¿quién sería su regente?, ¿debía de seguir existiendo la Secretaría de Programación y Presupuesto o debería de ser absorbida por Hacienda? Su emoción es la de niño bien portado comenzando a redactar la carta a los Reyes Magos.

Para calmar su ansiedad se para de su silla, sirve otro vaso de whisky, llama a su asistente y como no tiene asuntos de importancia, le pide que cancele su agenda por el resto del día. Antes de volver a sentarse, aprovecha para ir a su antiguo tocadiscos en el que pone un vinilo al azar de su envidiable colección. *Mefistófeles*, ópera de Arrigo Boito en concierto grabado en 1974 dentro de la Scala de Milán con Plácido Domingo como Fausto. De camino a su silla se detiene frente al cuadro, del que piensa será destinado de manera inmediata a la basura. Los regalos comprometen y Martha busca conseguir una mayor exposición de su obra, algo que por el refinamiento de su propio gusto, se dice, es incapaz de promover. “Van a decir

que soy igual de *naïf* que López Porpillo”, piensa y se ríe consigo.

¿Cómo deshacerse del cuadro sin dejar evidencia?, reflexiona mientras da un profundo trago con el que se termina el whisky y al momento de dejar el vaso en su escritorio lo tiene claro. Los acordes del prólogo de la ópera lo hacen sentir poderoso, le despiertan nostalgia familiar; no cumplía los trece, cuando su padre lo obligó a leer el *Fausto* de Goethe escuchando la misma obra que tiene de fondo. Mueve una silla de su escritorio y la pone frente a su librero, se quita los zapatos y se sube para, de puntitas, alcanzar su katana japonesa, regalo del propio Kenzo Minagawa, el heredero yakuza, el mismo del que estaba seguro acababa de recuperar y destruir, como se lo había ordenado, las comprometedoras imágenes. Da un salto con el que baja del asiento y desenfunda el arma con la que, con suave corte desde arriba en el centro de manera vertical, comienza a quitar la envoltura que cae como vestido tras correr el cierre.

Lo ve y entiende lo que quería expresar su hermano con lo del destino. Le es imposible no quedar atónito. “¿Agualeguas?” indica para sí mismo, mientras contempla cada detalle del retrato de una yegua idéntica al equino con que había conquistado la medalla de plata de los Juegos Panamericanos de 1971.

Busca la firma, donde se encuentra con el nombre legible de Martín Arenas y la fecha. Aprovecha para volver a contemplar la pintura a detalle; las mezclas de técnicas y brillante ejecución demuestran que no era una pintura que Martha fuera capaz de realizar. Para no tener dudas sobre la coincidencia del parecido con

su caballo, un posible plan del perverso de Raulito y su cuñada, apunta el nombre en un papel y sin sentarse, manda llamar a su secretaria para que lo haga llegar a las oficinas de inteligencia.

La música se fusiona con la melancolía que le despierta la pintura. Está a nada de cumplir el sueño familiar. Sin dejar de contemplar los trazos que juzga como auténticos, concluye que, en efecto, se trata de una buena jugada de la casualidad. Con ese pensamiento, en su cabeza se pierde en el laberinto sobre si ser presidente, lo había forjado con base en sus decisiones, o simplemente ya estaba escrito en su destino.

De pie frente a la pintura, sintetiza que Miguel de la Mandil había dejado en decadencia al arte plástico. Juzga como equivocada la iniciativa del mandatario de haber apoyado la obra de Julio Galán, Javier de la Garza y el hijo de puta de Franz Cuesta; que desde su opinión, más allá de su animadversión personal a éste último, convirtieron al arte plástico en un vehículo de propaganda homosexual.

Recuerda que, en principio, había pensado en convocar a Rafael Cauduro, un artista de su edad, para que fuera el responsable de representar a su sexenio y sacar de la crisis al arte plástico. Idea que acababa de desechar, pues parte del precio que le había dado Kenzo Minagawa, el heredero de la Yakuza de delgadas cejas, como pago por la entrega de las fotografías comprometedoras, era que Luis Minagawa, su hermano y artista plástico, que ya contaba con gran reconocimiento para ese entonces, fuera quien llevara la batuta del arte durante su mandato, periodo que en ese momento Carlitos bautiza como el